

Inquietudes literarias de Casiano de Prado

Literary inclinations of Casiano de Prado

J. Ordaz

Departamento de Geología, Universidad de Oviedo, c/ Jesús Arias de Velasco, s/n, 33005 Oviedo.

ABSTRACT

The literary inclinations of Casiano de Prado (1797-1866), one of the outstanding Spanish mining engineers and geologists of the period, are shown in this paper. Prado was a friend and devotee of some of the most celebrated poets of the beginning of the century and he also shows a special taste for poetry. In the thirties he collaborates in several periodicals with literary essays and political articles. A wilful linguistic attention can be also seen in his scientific publications.

Key words: *History of Geology, Literature, Spain, XIXth century.*

*Geogaceta 23 (1998), 103-105
ISSN: 0213683X*

Introducción

A mediados de 1828, con treinta años de edad, Casiano de Prado y Vallo se trasladó a Madrid con el propósito de cursar la carrera de Arquitectura, como era deseo de su padre D. Melchor de Prado y Mariño, arquitecto de profesión. Sin embargo, una vez en la capital, el joven Casiano, a instancias de su amigo y paisano el naturalista y consejero de Estado D. Jacobo María de Parga, se decantará por cursar Ingeniería de Minas; siendo nombrado en octubre de 1829, tras el examen pertinente, alumno pensionado del ramo de Minas.

Atrás dejaba unos años azarosos de estudios en la Universidad de Santiago de Compostela, de ímpetus revolucionarios y de momentos de ocio dedicados a hacer excursiones con su amigo y condiscípulo Ramón de La Sagra y a la lectura de los clásicos latinos y españoles. Fueron años en los que se fragua en Prado su afición a la literatura, en especial a la poesía, gozando de "los dulces acentos de Meléndez y los épicos cantos de Quintana, cantos cuyo eco resonaba en el corazón de Prado, aun en edad avanzada, recitándonos con febril entusiasmo la inimitable oda a la invención de la Imprenta" (Maffei y Rúa Fugueroa, 1872). Poesías que no dejó de recitar ni estando preso en los calabozos de la Inquisición por sus ideas liberales, pues como él mismo dejó escrito en un artículo en el que relata sus experiencias en la cárcel santiaguesa del Santo Oficio (*El Conservador*, Madrid, num. 188, de 30 de setiembre de 1820):

"¡Y cuántas veces también recitaba en alta voz las odas a la invención de la imprenta y a Juan de Padilla, y otras composiciones filosóficas y patrióticas, o cantaba con mi ronca voz las letrillas de Meléndez y las arias de Metastasio...!".

Años de aprendizaje

En la Villa y Corte Prado tuvo oportunidad de conocer y entablar amistad con su admirado Manuel José Quintana, así como con los clérigos Alberto Lista y Juan Nicasio Gallego, poetas ambos de corte neoclásico y tono declamatorio y patriótico.

El ambiente cultural madrileño, en plena "década ominosa", no era especialmente propicio para el desarrollo intelectual y literario. Baste decir que la proliferación de revistas de otros tiempos quedó reducida a *El Correo Literario y Mercantil* (1828), acompañado, desde 1831, por *Cartas Españolas*, de Jose M^a Carnerero (Martínez Cachero, 1995). En este depauperado ambiente, no es descartable que Prado frecuentase la tertulia de "El Parnasillo" -donde se reunían jóvenes escritores de talante romántico y liberal, como Ventura de la Vega, Larra o Patricio de la Escosura; y disfrutase de las *ariette* de Metastasio en las óperas italianas que, con asiduidad, se representaban en el Teatro Príncipe.

Es en esta época cuando Prado debió de sentir pujanzas de poeta, componiendo versos que no llegó a publicar, pero que tampoco destruyó. A juicio de Maffei y Rúa Fugueroa (*op. cit.*), sus poemas "no

prueban que su imaginación fuese estéril para esta género literario". Al parecer, en la decisión de abandonar el cultivo de la poesía influyó de manera determinante la opinión de su maestro Quintana. Seguramente, y a tenor del mediocre nivel poético imperante en los años previos a la irrupción en España del romanticismo, los poemas de Prado no desmerecían al lado de otros publicados en aquellos días. En cualquier caso, es de lamentar que no podamos contar hoy en día con las composiciones originales de Prado para poder emitir una opinión más ajustada sobre su poesía.

Este contacto con escritores y gentes de letras contribuyó a que Prado fuese adquiriendo una gran cultura literaria que, con el paso de los años, no dejó de fomentar. Quienes le conocieron en sus años maduros destacan esta cualidad como uno de los rasgos más característicos de su personalidad. Así, su amigo y colega portugués Schiappa d'Azevedo en un artículo necrológico recuerda: "Deleitábase particularmente en discurrir sobre asuntos literarios, que le eran muy familiares y en que revelaba un gran fondo de erudición" (Schiappa, 1866).

En el prólogo que puso Quintana a la edición de 1802 de sus *Poesías*, al enumerar los temas de sus versos señala, entre otros, el del "entusiasmo que encienden los grandes espectáculos de la naturaleza" (Derozier, 1978). Estos espectáculos naturales son asimismo objeto de admiración por parte de Prado en su primera obra importante, *Vindicación de la Geología*, publicada en 1835 a raíz

del debate sobre la libertad de prensa, y en la que el autor hace un ferviente alegato en favor de los estudios geológicos. Desde los primeros párrafos del opúsculo se advierte, a la par que una clara voluntad de estilo, una solidez formal y una vena retórica en gran parte deudoras de Quintana y de los clásicos españoles del siglo de Oro. Pasajes como el siguiente: "Pero nada es más cierto: esas deliciosas campiñas, esos valles amenos y apacibles, en que tal vez Teócrito, Gesner, Garcilaso vagaban en dulce olvido entregados a todas las ilusiones de felicidad, allá algún día fueron teatro de devastación, de espanto y de ruina..." nos retrotraen al tono melancólico y evocador del implacable decurso del tiempo que encontramos, por ejemplo, en la clásica Canción a las ruinas de Itálica, de Rodrigo Caro.

Estancia en Tarragona

En diciembre de 1835 Casiano de Prado fue nombrado inspector del distrito de Aragón y Cataluña y director de las minas de Falset, fijando su destino en Tarragona. Prado ya había estado en Cataluña, aunque por breve tiempo, en 1832, como alumno en prácticas de reconocimientos mineros; pero su estancia como inspector en Tarragona, que duraría casi cinco años, le permitió entrar en contacto más directamente con el ambiente cultural de una ciudad en expansión de unos 12.000 habitantes (Magriñá, 1901).

Así, en 1837 entró a formar parte de la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Tarragona, institución de raigambre ilustrada que había sido fundada cincuenta años antes. Prado fue también promotor y editor responsable de El Tarragonense, periódico literario, político y mercantil, de frecuencia bisemanal e ideario constitucionalista (Bertran i Pijoan, 1931). En este periódico Prado publicó, desde su aparición en diciembre de 1837, varios artículos, algunos de ellos de marcado carácter político, que le valieron el enfrentamiento y la animadversión de las autoridades provinciales. No obstante, la responsabilidad de Prado en el periódico debió de durar pocos meses, pues en abril de 1838 ya no figura como editor responsable.

Este periódico había sido fundado por una reunión de amigos, algunos de los cuales formaban parte del denominado Colegio Científico de Tarragona, el cual en 1836 había promovido la creación del Semanario Instructivo, Científico y Literario, editado por el impresor Francisco Sánchez, el mismo que el de El Tarraco-

nense. Según Del Arco y Molinero (1916), "las mejores plumas con que entonces contaba Tarragona entretuvieron sus ocios insertando en él composiciones literarias", por lo que es razonable pensar que Casiano de Prado pudiese haber colaborado en dicho semanario. Sin embargo, dada la ausencia o escasez actual de ejemplares de dicho periódico en las hemerotecas públicas, no hemos podido precisar este extremo.

Estando en Tarragona Prado no pierde el contacto con Madrid, colaborando en el Observatorio Pintoresco, publicación de periodicidad irregular dedicada fundamentalmente a ensayos literarios e históricos. En esta revista publica Prado un interesante y curioso artículo en dos partes (5 y 15 de setiembre de 1837), bajo el título de "Baco en Tarragona". En la primera parte del artículo Prado describe una especie de alucinación habida cuando, cierto día de otoño, en tiempo de vendimia, vagando al atardecer por los alrededores de la ciudad se le aparece el Circo romano restaurado, lleno de gente contemplando un espectáculo de carreras de cuadrigas. Transcurrida la ilusión el narrador se recoge, pasando la noche "con los más gloriosos fantasmas de la antigüedad". A la mañana siguiente se le aparece el dios Baco con todo su esplendor:

"Entonces más que nunca pude creer que el arte de la antigüedad era una encarnación del cielo, cuando en los tiempos modernos, haciendo acaso una sola excepción en favor de la obra de Rafael de Urbino, apenas se presenta otra de que pueda decirse tanto".

En la segunda parte, la cabeza de Baco se convierte en una escultura, descubriendo que la estatua en cuestión se encontraba en una casa perteneciente a un tal Virgilio, como consta en el libro de las Grandezas de Tarragona, de Micer Ponç d'Ycart (Lérida, 1572). Le obsesiona la belleza de dicha escultura, sugiriéndole que en otros tiempos hubo un templo en aquella casa dedicado al dios de la Alegría. En medio de un gran desasosiego cree el narrador-protagonista que Baco no ha abandonado aún Tarragona, y concibe el proyecto de erección de un templo en su honor. Pero no llega a ejecutar la obra. La visión de la imagen de San Pablo sobrevolando la catedral encima de una nube, en compañía de la patrona de la ciudad, le hace renunciar a tales paganos propósitos, rompiendo y lanzando los planos al mar. Tras esta extravagante tramoya final el autor concluye el relato de una forma un tanto desconcertante:

"Dios es el autor de la naturaleza; la

naturaleza es el conjunto de fuerzas o potencias que rijen el universo, y sin las cuales nada existiría, nada al menos afectaría nuestros sentidos, el hombre no puede conocer, no puede adorar a Dios sino en sus obras, en estas potencias...¿Pero a dónde voy? mi ánimo en este instante no es filosofar. Decía que Baco fue adorado en Tarragona, y que parece quiere aún serlo ahora."

Pese a sus defectos, el texto ofrece interés desde el punto de vista literario, ya que su escenografía -crepúsculos, ruinas, sueños, apariciones...- se halla más cerca de la imaginaria romántica que de la neoclásica en la que inicialmente se nutrió el autor.

Una inclinación a la utilización de recursos típicos de dicha escuela se advierte asimismo en otras publicaciones de Prado, en las que la intrusión del yo romántico aflora inevitablemente cuando se trata de expresar las emociones y pensamientos del autor. Así, por ejemplo, en el artículo "Valdeón, Caín, la Canal de Trea. Ascensión a los Picos de Europa en la Cordillera Cantábrica", publicado en 1860, y verdadero hito en la historia de nuestro montañismo (Jusué, 1956), vemos que, tras el relato de la subida a la Torre del Llambrión, y una vez coronada su cima, el autor, absorto ante la contemplación del imponente espectáculo natural, no puede dejar de manifestar, entre vehementes exclamaciones, los sentimientos que le embargan:

"¡Cuánto llamaba mi atención el aspecto que presentaban aquellos montes! ¡Qué de picos, picachos, agujas y cuchillares, separados unos de otros por pandas, horcados, canales y barrancos! (...) ¡Qué escuela para el que intente estudiar las revoluciones por que nuestro globo ha pasado en la serie de los siglos! ¡Qué contraste entre el aspecto que allá un día debieron de ofrecer aquellos mismos sitios y el que ahora presentan! (...) ¡Qué escuela, vuelvo a decir, para el que quiera estudiar la geología, no en las aulas, sino con el gran libro de la naturaleza delante de los ojos!".

Preocupación por el lenguaje

En 1840 Prado es separado de su destino por la Junta de Tarragona, a raíz del pronunciamiento de esta ciudad. El motivo de la separación fue netamente político, y en contra de la misma reclamaron al Gobierno el propio interesado y la Junta de Gerona (Ovilo y Otero, 1870). Tras su nombramiento en 1841 como inspector del distrito de La Mancha y director del Establecimiento de Almadén, Prado, tal

vez agobiado por la responsabilidad y el ingente trabajo que acarrea el nuevo empleo, deja de publicar escritos políticos y literarios, aunque su preocupación por el lenguaje y la buena escritura continuará trasluciendo en las sucesivas obras que irá dando a la luz.

Fruto de estas inquietudes filológicas son, entre otros, los trabajos "Sobre la introducción de voces nuevas en las Ciencias" (1832), "Diccionario de voces usadas en Minería" (1848) y "Sobre la adopción de voces nuevas en la Geología" (1863); dejando a su muerte en 1866, inacabado e inédito, lo que habría de ser un diccionario de voces geográficas, geológicas y mineras (Thos y Codina, 1866). En cuestiones terminológicas Prado consideraba que debían de usarse, siempre que fuera posible, los equivalentes hispánicos de las palabras extranjeras, aunque fueran vocablos locales o de poco uso. En el caso inevitable de neologismos, éstos deberían escribirse de la forma más adecuada a la fonética y construcción castellanas. Así, por ejemplo, Prado era partidario de las terminaciones en -ano sobre -ico (es decir, siluriano por silúrico), prefiriendo, por ejemplo, el término "nevero" a "ventisquero", "glaciario" a "glacial" y "azogue" frente al galicismo "mercurio".

Es de señalar que muchos de los escritos de Prado se hallan impregnados de un componente fuertemente crítico y polémico. Como ejemplo podríamos citar el controvertido prólogo a la Memoria sobre las minas de Riotinto (1856), en el que, según el anónimo redactor de la Revista Minera (t-VIII, 1857, p. 366), "no se puede leer sin que a uno le asalten las más tristes reflexiones sobre la suerte que

en muchas cosas ha cabido a esta nación sin ventura". Habría que añadir que algunas de sus ideas expresadas en informes y memorias recuerdan las posturas regeneracionistas que, a finales de siglo, adoptarán autores como Lucas Mallada al hablar de los "males de la patria".

A juicio de Maffei y Rúa Figueroa (1872), Prado era como escritor "elegante y castizo, por más que estas dotes estuviesen oscurecidas tras una palabra difícil, cuajada de modismos galaicos y empapada en el acento de su natal dialecto". En nuestra opinión, sin embargo, esta "contaminación" del castellano por parte de la lengua gallega confiere a su prosa una mayor expresividad y personalidad.

Rigor científico, léxico castizo y elegancia de estilo adquieren la máxima expresión en Descripción física y geológica de la provincia de Madrid (1864), su indiscutida obra maestra, en la que "solamente las teorías, fruto de la época, resultan anticuadas, pero las observaciones sobre el terreno son tan finas, tan detalladas y tan bien hechas, que pueden servir de modelo" (Pérez Barradas, 1928). No es de extrañar que Rafael Sánchez Ferlosio tomara prestado de dicha obra el inicio de su conocida novela El Jarama (1956), en la que la sobria y precisa descripción que hace Prado del recorrido de dicho río se aviene perfectamente con el descriptivismo objetivista practicado por el novelista.

Puede decirse que la figura de Casiano de Prado constituye un caso singular en la Geología española del siglo XIX, tanto por la extraordinaria labor llevada a cabo en su ámbito profesional como por su faceta literaria y apasionada dedicación e independencia con que abor-

dó el desempeño de su trabajo.

Agradecimientos

A D. Jaime Truyols, catedrático emérito de la Universidad de Oviedo, por sus consejos y sugerencias en la elaboración del artículo.

Referencias

- Bertran i Pijoan, Ll. (1931): *Prensa de Catalunya*. Ajuntament de Barcelona, Barcelona.
- Del Arco y Molinero, A. (1916): *La imprenta en Tarragona. Apuntes para su historia y bibliografía*. Imprenta de José Pijoan, Tarragona.
- Derozier, A. (1978): *Manuel Josef Quintana y el nacimiento del liberalismo en España*. Edic. Turner, Madrid. Jusué, P. de (1956): *Altamira*, 1-3: 117-154.
- Maffei, E. y Rúa Figueroa, R. (1872): *Bibliografía Mineral Hispano-americana*. Vol. 2, Imprenta de J.M. La-puente, Madrid.
- Magriñá, A. de (1901): *Tarragona en el siglo XIX*. Establecimiento Tipográfico de Herederos de J.A. Nel-lo, Tarragona.
- Martínez Cachero, J.M. (1995): *Historia de la Literatura Española (siglos XIX y XX)*. Vol. III, Editorial Everest, León.
- Ovilo y Otero, M. (1870): *Biografía del Excmo. Señor D. Casiano de Prado*. Imprenta de José Souto Díaz, Santiago.
- Pérez Barradas, J. (1928): *Investigación y Progreso*, Año II, 1: 1-4.
- Schiappa, J.B. (1866): *Revista Minera*, Vol. XVII, 486.
- Thos y Codina, T. (1866): *Diario de Barcelona*, 15/02/1867.